

LAS AVENTURAS DE TOM SAWYER¹

1876

MARK TWAIN²

(estadounidense)



Esta novela transcurre en una pequeña ciudad ficticia del sur estadounidense, a orillas del río Mississippi, antes de la Guerra de Secesión Norteamericana. Los personajes viven en un mundo tradicional y religioso que es puesto en jaque por sucesos misteriosos y un cruel asesinato. El protagonista, Tom Sawyer, es un joven alegre y juguetón que se ve envuelto en fascinantes aventuras. En este capítulo, los dos amigos –Tom y Huck– pretenden encontrar y desenterrar un tesoro en una casa “encantada”, vieja y abandonada. Durante la noche, se aproximan a la casa dos delincuentes, uno de ellos es el indio Joe, que ha asesinado a una persona. Este crimen fue presenciado por Tom, quien así se convirtió en un enemigo de este delincuente. Joe caminaba en días anteriores por el pueblo disfrazado de español sordomudo. A continuación, aquí tienes el capítulo 26 de esta novela.

Hacia el mediodía, los chicos llegaron al árbol muerto. Habían ido a recoger sus herramientas. Tom estaba impaciente por llegar a la casa encantada. Huck también lo deseaba, pero no tanto como para estar impaciente. Dijo:

—Escucha, Tom, ¿no sabes qué día es hoy?

Tom recorrió mentalmente los días de la semana y luego alzó los ojos con sorpresa.

—¡Oh! ¡No tenía ni idea, Huck!

—Yo tampoco, pero de pronto me he dado cuenta de que era viernes.

—¡Maldita sea! Toda precaución es poca, Huck. Nos habríamos metido en un buen lío si nos llegamos a presentar allí en viernes.

—¡Ya lo creo! Quizá haya días de suerte, pero el viernes no es uno de esos días.

—El más tonto de todos lo sabe, no creo que hayas sido el primero en descubrirlo, Huck.

—Yo no he dicho que haya sido el primero, ¿vale? Además, el hecho de que sea viernes no lo es todo. Esta noche he tenido un sueño de lo más espantoso... He soñado con ratas.

1 Tomado de Twain (2010).

2 Seudónimo de Samuel Langhorne Clemens.

—¡No! Mala señal. Eso significa problemas. ¿Se peleaban?

—No.

—Eso es bueno, Huck. Cuando no se pelean, solo quiere decir que hay problemas cerca, ¿sabes? Lo que tenemos que hacer es estar bien alerta y mantenernos al margen de las complicaciones. Dejaremos el tesoro para mañana y hoy jugaremos. ¿Sabes quién fue Robin Hood, Huck?

—No, ¿quién fue?

—Fue uno de los hombres más grandes que jamás hubo en Inglaterra... y el mejor. Fue un bandolero.

—¡Bravo! A mí me gustaría mucho ser bandolero. ¿A quién robaba?

—Solo a los alguaciles y a los obispos, a la gente rica, a los reyes y gente así. Pero nunca molestaba a los pobres. Los quería. Siempre compartía con ellos su botín, y con toda justicia.

—¡Pues debió de ser un tipo estupendo!

—¡Por supuesto que lo fue, Huck! Fue el hombre más noble que ha existido jamás. Ya no hay hombres como él, puedes creerme. Podía zurrar a cualquier hombre de Inglaterra con una mano atada a la espalda; y cogía su arco de tejo y atravesaba una moneda de diez centavos a milla y media de distancia.

—¿Qué es un arco de tejo?

—No lo sé. Es un tipo de arco, naturalmente. Y si solo rozaba el canto de la moneda, se sentaba en el suelo y lloraba... y renegaba. Ahora jugaremos a Robin Hood... Es una diversión estupenda. Yo te enseñaré.

—De acuerdo...

Así que jugaron a Robin Hood toda la tarde. De vez en cuando lanzaban una mirada ansiosa a la casa encantada y hacían algunos comentarios sobre los proyectos y las posibilidades que tenían sus planes para el día siguiente.

Cuando el sol comenzó a ponerse por el oeste, se dirigieron hacia el pueblo pasando por las largas sombras de los árboles y pronto fueron engullidos por el bosque de la colina de Cardiff.

Algo después del mediodía del sábado, los chicos ya volvían a estar junto al árbol muerto. Fumaron y charlaron durante un rato a la sombra, y después cavaron un poco en el último hoyo; lo hicieron sin muchas esperanzas, sencillamente porque Tom dijo que se habían dado muchos casos en que la gente había abandonado un tesoro después de haber cavado a unas pocas pulgadas de donde estaba, y luego, algún otro se lo había llevado con solo cuatro golpes de pala. Esta vez la cosa tampoco funcionó, de forma que los chicos se echaron las herramientas a la espalda y se alejaron pensando que no habían intentado engañar a la suerte, sino que habían cumplido con todos los requisitos necesarios en el oficio de buscar tesoros.

Cuando llegaron a la casa encantada sintieron que había algo de sobrena-

tural y pavoroso en el silencio mortal que se cernía sobre aquel lugar, bajo un sol que quemaba, y era un lugar tan depresivo y solitario, tan desolado, que por un momento tuvieron miedo de aventurarse en él. Se deslizaron hasta la puerta y echaron un tembloroso vistazo al interior. Vieron una habitación sin suelo donde crecía todo tipo de maleza, con las paredes sin enyesar, una chimenea antigua, ventanas vacías, una escalera en ruinas; y aquí y allá, por todas partes, inmensas telarañas rotas. Entraron poco a poco, con el pulso latiendo aceleradamente, hablando en voz muy baja, aguzando los oídos para oír el más imperceptible sonido, con los músculos tensos y a punto para una retirada a tiempo.

Un rato después, la familiaridad modificó sus temores y dio paso a una investigación crítica e interesada. Admiraban su propia osadía y a la vez se sorprendían de ella. Entonces quisieron investigar en el piso de arriba, cosa que suponía cortar una posible retirada; pero comenzaron a provocarse mutuamente y el resultado no se hizo esperar: echaron las herramientas a un lado y empezaron a subir.

Arriba había los mismos signos de decadencia. En un rincón encontraron una recámara que prometía misterio, pero la promesa resultó ser una estafa: no había nada de nada. Ahora ya habían recobrado todo su coraje y se sentían muy valientes. Estaban dispuestos a volver a bajar y comenzar el trabajo cuando...

—¡Chis! —dijo Tom.

—¿Qué pasa? —murmuró Huck, blanco como el papel.

—¡Chis! Allí... ¿no lo oyes?

—¡Sí! ¡Oh, Dios mío, huyamos!

—¡Estate quieto! ¡No te muevas! Van directamente hacia la puerta.

Los chicos se tendieron en el suelo con los ojos pegados a las ranuras del entarimado y esperaron con el corazón preso de terror.

—Se han detenido... No... ya vienen. Ya están aquí. No digas ni una palabra, Huck. ¡Oh, Dios mío! ¡Ojalá no hubiésemos venido!

Entraron dos hombres. Cada chico dijo para sí mismo: «Es el viejo hispano sordomudo que últimamente ha estado una o dos veces por el pueblo... Al otro no lo he visto nunca».

El otro era un hombre harapiento, sucio, con una cara muy desagradable. El hispano iba envuelto en un sarape³; tenía unas patillas blancas y muy enredadas, cabellos largos y también blancos le asomaban por debajo del sombrero, y llevaba unas anteojeras verdes. Cuando entraron, el «otro» hablaba en voz baja. Se sentaron en el suelo con las espaldas apoyadas en la pared y el que hablaba continuó con sus observaciones. Su comportamiento se hizo menos cauteloso y sus palabras más audibles según iba hablando.

3 Sarape: especie de frazada de lana o colcha de algodón generalmente de colores vivos, con abertura o sin ella en el centro para la cabeza, que se lleva para abrigarse.

—No —dijo—, lo he pensado bien y no me gusta nada. Es peligroso.

—¡Peligroso! —murmuró el sordomudo, con grata sorpresa por parte de los chicos—. ¡Menudo títere estás hecho!

Al oír aquella voz a los dos chicos se les hizo un nudo en la garganta y se pusieron a temblar. ¡Era el indio Joe! Hubo unos minutos de silencio. Después, Joe dijo:

—¿Qué hay más peligroso que la fiesta de allá arriba...? Y ya lo has visto. No ha pasado nada.

—Eso es distinto. Tan arriba del río y sin ninguna casa en los alrededores... Además, no se sabrá que lo hemos intentado mientras no lo hayamos logrado.

—Ya, ¿y crees que es más peligroso que venir aquí de día? Cualquiera que nos viera sospecharía de nosotros...

—Ya lo sé. Pero no había otro lugar más a mano después de aquella tontería. Ya me gustaría a mí no estar en esta casona. Lo habría preferido ayer, pero no tenía sentido venir por aquí con aquellos condenados chicos jugando en la colina, justo a la vista de la casa.

Los «condenados chicos» se estremecieron al oír semejante observación y pensaron en la suerte que habían tenido al recordar el día de la semana en el que estaban y dejarlo para el siguiente. Aunque en el fondo de sus corazones habrían preferido esperar un año.

Los dos hombres sacaron algunas viandas y comieron. Después de un largo silencio, el indio Joe dijo:

—Escucha: vuelve río arriba al lugar de donde eres. Espera allí hasta que yo te avise. Yo voy a arriesgarme; entraré otra vez en el pueblo para echar un vistazo. Y haremos eso tan «peligroso» cuando yo haya vigilado un poco y las cosas estén a punto. Y después, ¡hacia Texas! ¡Nos iremos juntos!

Ambos estuvieron de acuerdo. Entonces se pusieron a bostezar y el indio Joe dijo:

—Estoy muerto de sueño. Te toca a ti montar guardia.

Se acurrucó entre las hierbas y pronto estuvo roncando. Un poco después, el vigilante comenzó a dar cabezadas; cada vez bajaba la cabeza más y más. Pronto ya roncaban los dos.

Los chicos respiraron aliviados. Tom cuchicheó:

—¡Ahora es nuestra oportunidad! ¡Vamos!

—No puedo... —dijo Huck—. Me moriría si se despertaran.

Tom insistió, pero Huck se echó para atrás. Finalmente, Tom se levantó poco a poco, con mucho cuidado, y decidió bajar solo. Pero el primer paso que dio provocó un crujido tan espantoso en el podrido entarimado que se dejó caer al suelo muerto de miedo. No lo intentó más. Los chicos permanecieron allí, tumbados, contando los minutos que se alargaban hasta que les

pareció que el tiempo se había extinguido y la eternidad envejecía; al final, agradecieron que el sol comenzara a ponerse.

Uno de los dos hombres dejó de roncar. El indio Joe se incorporó y miró a su alrededor. Sonrió malévolamente al ver a su compañero con la cabeza caída sobre sus rodillas. Lo sacudió con el pie y dijo:

—¡Eh, tú! ¡Creía que estabas montando guardia! Menos mal que hemos tenido suerte... No ha pasado nada.

—¡Diablos! ¿Es que me he dormido?

—Eso parece. Bueno, ya es hora de emprender la marcha, compadre. ¿Qué hacemos con las cosas que hemos cogido?

—No sé... Las podemos dejar aquí, como siempre. No tiene sentido llevarnos nada hasta que no nos vayamos hacia el sur, ¿no? Seiscientas monedas de plata pesan demasiado para acarrearlas arriba y abajo.

—De acuerdo. No me importa volver aquí otra vez.

—Sí... pero yo preferiría volver de noche, como en las anteriores ocasiones. Es mejor.

—Sí, pero escucha: tal vez tardemos bastante hasta que yo encuentre la oportunidad para hacer ese otro trabajo; y puede pasar cualquier cosa. El dinero no está en buen sitio... Yo diría que conviene enterrarlo, y cuanto más hondo mejor.

—Buena idea.

El compañero de Joe atravesó la estancia, se arrodilló y levantó una gran piedra del fondo de la habitación; cogió una bolsa que agitó alegremente. Sacó veinte o treinta dólares para él y la misma cantidad para el indio Joe y después le dio la bolsa. El mestizo estaba de rodillas en un rincón cavando un hoyo con su machete.

Los chicos olvidaron todos sus temores y todas sus desgracias. Con ojos codiciosos contemplaban cada movimiento de los hombres. ¡Menuda suerte! Aquel brillo superaba toda imaginación. Seiscientos dólares era más que suficiente para enriquecer a media docena de chicos. ¡Aquello sí que era buscar tesoros bajo los auspicios más favorables! Ahora no tendrían las inseguridades tan preocupantes de no saber dónde cavar. Se daban codazos a cada instante, codazos elocuentes y fáciles de comprender, pues sencillamente querían decir: «¿A que ahora sí que estás contento de estar aquí?».

El cuchillo de Joe topó con algo duro.

—¡Anda! —exclamó.

—¿Qué ocurre? —dijo su compañero.

—Un tablón medio carcomido... No, parece una caja. ¡Venga, ayúdame y veremos qué hay aquí! No, espera, no hace falta... He hecho un agujero.

Metió la mano y la sacó.

—¡Dios! ¡Es dinero!

Los dos hombres examinaron el montón de monedas. Eran de oro. Los chicos de arriba estaban tan excitados y tan contentos como los hombres de abajo.

El compadre de Joe dijo:

—Hay que sacarlo enseguida. Hay un viejo pico entre las hierbas de aquel rincón, al otro lado de la chimenea... Lo he visto hace un minuto.

Corrió a buscar el pico y la pala de los chicos. El indio Joe cogió el pico, lo miró con mala cara, torció la cabeza, murmuró alguna cosa y comenzó a picar.

Muy pronto la caja estuvo desenterrada. No era muy grande, pero tenía refuerzos de hierro y debía de haber sido una caja muy fuerte antes de que el lento paso del tiempo la hubiera estropeado. Los dos hombres contemplaron la caja durante un rato con un beatífico silencio.

—Compadre, aquí hay miles de dólares —dijo el indio Joe.

—Siempre oí decir que la banda de Murrell rondó por aquí durante el verano —comentó el otro.

—Lo sé, y diría que esto debía de ser suyo.

—Ahora ya no será preciso hacer aquel trabajito, ¿no?

El mestizo frunció el ceño y dijo:

—Tú no me conoces lo suficiente o no tienes ni idea de qué va el asunto. No es solo un robo... ¡es una venganza! —Un rayo maligno pasó por sus ojos—. Será preciso que me ayudes, y cuando esté hecho, entonces, a Texas. Ahora vete a casa con Nance y tus hijos y espera hasta que te avise.

—Bueno, si tú lo dices... ¿Y qué hacemos con esto? ¿Lo volvemos a enterrar?

—Sí. (Exultante entusiasmo arriba.) ¡No, por Satanás que no! (Profunda preocupación arriba.) ¡Lo había olvidado! Este pico tenía tierra fresca pegada. (Los chicos enfermaron de terror por unos instantes.) ¿Qué hacen un pico y una pala aquí? ¿Y por qué tienen rastros de tierra fresca? ¿Quién los ha dejado aquí? ¿Y dónde está ahora? ¿Has oído algo? ¿Has visto a alguien? ¡Quita! Enterrar esto otra vez y dejarlo para que cualquiera vea la tierra removida... ¡Ni hablar! ¡De ninguna manera! Lo llevamos a mi madriguera.

—¡Claro! Ya podíamos haberlo pensado antes, ¿no? ¿Te refieres a la número uno?

—No... La número dos... Bajo la cruz. El otro sitio es malo...; pasa mucha gente por allí.

—De acuerdo. Ahora ya está lo bastante oscuro para salir.

El indio Joe se levantó y atisbó por todas las ventanas con mucha cautela. Después dijo:

—¿Quién habrá dejado estas herramientas aquí? ¿Y si estuviera escondido arriba?

A los chicos se les heló el corazón. El indio Joe cogió su machete, se detuvo

un momento vacilando y se dio la vuelta hacia la escalera. Los chicos pensaron en la recámara, pero ya no había posibilidad de huir. Los pasos se acercaban escalera arriba crujiendo, y la intolerable angustia de la situación despertó la decisión de los chicos. Cuando estaban a punto de saltar hacia la recámara, se oyó un crujido de tablas rotas y el indio Joe rodó por el suelo entre los restos de la maltrecha escalera. Se levantó blasfemando, y su compadre dijo:

—¿Y qué más da? Si hay alguien arriba, que se quede... ¿Qué importa? Y si quiere saltar ahora mismo y meterse en problemas, ¿quién se lo impide? De aquí a poco habrá oscurecido... Y, si quiere, puede seguirnos. Ya me gustaría, ya. Pero diría que, sea quien sea el que ha dejado estas herramientas aquí, nos debe de haber visto y debe de haber creído que éramos fantasmas, demonios o algo así. Apuesto a que aún está corriendo.

Joe gruñó un poco. Después estuvo de acuerdo con su compadre en que convenía aprovechar lo que quedaba de claridad para arreglar las cosas y partir. Poco después se deslizaban fuera de la casa, en medio de las sombras del crepúsculo, y se dirigían hacia el río con la caja del tesoro.

Tom y Huck se levantaron, débiles pero más tranquilos, y los vieron alejarse por las rendijas de los tablones de la casa. ¿Debían seguirlos? De ninguna manera. Estaban más que contentos de poder poner los pies en el suelo sin el cuello roto y emprendieron el camino del pueblo que pasaba por la colina.

No hablaron mucho, bastante tenían con maldecirse a ellos mismos; se maldecían por haber llevado el pico y la pala a aquella casa. Si no hubiera sido por eso, el indio Joe no habría sospechado jamás, habría escondido la plata junto con el oro y habría esperado satisfecho su «venganza». Después se habría encontrado con la desgracia de que su dinero había volado. ¡Qué mala suerte haber dejado las herramientas!

Decidieron que vigilarían al hispano cuando fuese al pueblo para estudiar la posibilidad de llevar a cabo su venganza y seguirían al «número dos» dondequiera que estuviera.

Entonces, Tom tuvo una idea espantosa.

—¡Venganza! ¿Y qué pasa si se trata de nosotros, Huck?

—¡Oh, no! —dijo Huck a punto de desmayarse.

Hablaron durante todo el camino del asunto, y al llegar al pueblo decidieron que a lo mejor se trataba de otro. O, en cualquier caso, solo podía referirse a Tom, ya que solo él había testificado.

¡Menudo consuelo estar solo ante el peligro! La compañía le hubiera aliviado algo, pensó Tom.

